

La piel de Inesa

1

Bájate el short, le dijo. Él sintió una rara comezón que no era nueva, pero sí más intensa. La voz de la niña insistía como un eco: Bájate el short, que te voy a inyectar. Y así lo hizo, liberando su sexo que de pronto había espigado dentro de su insuperable pequeñez. Nunca se había mostrado así ante una hembra y jamás pensó que llegaría a hacerlo, pero ahora que su short se deslizaba con ese sonido ligero hasta las rodillas, reconocía el placer en forma de saliva espesa a través de la garganta. Vírate boca abajo para inyectarte. Y también obedeció. La niña enfermera palpó su carne con los dedos ensalivados remedando la aplicación del alcohol, dejó un pellizco a manera de pinchazo, y luego empezó a sobar aclarando que aquello era necesario para que no se le entumeciera la pierna. El niño no estaba herido, no sentía los dolores, toda noción temporal se había disuelto en una extraña contemplación, boca abajo, dejaba que sus párpados le regalaran de forma intermitente el rostro dedicado de la niña enfermera, que a su vez observaba la nalga y derivaba una alegre comunicación de ojo a ojo, de mirada a mirada, con la complicidad de un secreto que empezaba a compartirse. Ahora te voy a inyectar la otra nalga, le dijo. Esta vez el niño habló indicándole que lo hiciera despacio para que no le doliera. Volvió a repetirse la aplicación con los dedos ensalivados, el pellizco casi imperceptible y el delicado masaje mientras los ojos conversaban su callada confabulación. El niño no lograba entender porqué lo mismo, repetido una y otra vez, dejaba de ser lo mismo en su gozosa intensidad. Pero cuando la comezón se le anudaba en la garganta con una fuerza irrespirable, la enfermera dejó de hacer su oficio, diciéndole: ¿Quieres verme tú a mí? Y mientras el niño se volteaba adelantando su sexo, ella bajaba el calzón con ese sonido inconfundiblemente ligero y levantaba la falda mostrando el rostro de un cuerpo sin sexo. A veces él había imaginado cómo sería, pero aquella parte blanca abierta por un tajo en mitades gemelas lo dejaba profundamente decepcionado, con miedo de que algo le saltara encima o tuviera que tocarla.

Así estuvieron un rato más, hembra y macho asomándose en sus rostros por primera vez, las manos aún sin superar esa frontera de deseo y miedo que es palpar el sexo de otro cuerpo, hasta que ella le dijo: Mejor nos vestimos para que los demás no sepan nada.

La frase última le dejó una inefable alegría; era el umbral de un pacto consumado. Aquel diálogo elemental expresaba una sabiduría sin contaminarse de razones, exacto en sus formas y momentos como una escalera en medio de la oscuridad. Una escalera en espiral que va abriendo ante el paseante distraído sus escalones en el instante ciego de cada pisada.

